

AMISTADES INTELECTUALES: LA MUJER Y LAS MUJERES EN LA OBRA DE MARÍA ZAMBRANO*

Carmen Revilla Guzmán
Universidad de Barcelona

RESUMEN: Este trabajo es un análisis de la aportación de María Zambrano al tema de la mujer con el fin de contribuir a la reflexión sobre el modo en el que la autora adopta la perspectiva de género en su filosofar.

El interés de la autora por esta cuestión y su repercusión en el pensamiento filosófico femenino actual ponen de manifiesto la importancia del tema en la articulación de su filosofía, que se concreta en la atención a la experiencia y en la utilización de un lenguaje innovador. Teniendo en cuenta las más recientes investigaciones en este sentido se propone estudiar la relación de Zambrano con otras autoras, concretamente con Rosa Chacel, como ejemplo de amistad intelectual y de un diálogo filosófico eficaz.

Palabras clave: Zambrano, Chacel, mujer, lenguaje, experiencia, historia.

INTELLECTUAL FRIENDSHIPS: THE WOMAN AND WOMEN IN THE WORK OF MARÍA ZAMBRANO

ABSTRACT: We analyse María Zambrano's contribution to the question of women in order to reflect on the ways in which she adopts the perspective of gender in her philosophy.

Zambrano's interest in this issue and its repercussion in current female philosophical thought stress its importance in the development of her philoso-

* Este trabajo se ha realizado en el marco de las actividades de los proyectos, financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación: "María Zambrano y el pensamiento contemporáneo" (FFI2010-18483) y "Filósofas del siglo XX: aportaciones al pensamiento filosófico y político" (FFI2009-08468).

phy, which takes the form of attention to experience and the use of innovative language. Following on from the most recent research in this area, we study Zambrano's relations with other authoresses, specifically Rosa Chacel, as an example of an intellectual friendship and effective philosophical dialogue.

Keywords: Zambrano, Chacel, women, language, experience, history.

No deja de llamar la atención el interés que despiertan las discusiones en torno al tema de la mujer en la obra de Zambrano y su postura al respecto¹. Y, sin embargo, no es de extrañar, en parte, por su posible relevancia y, quizá sobre todo, porque origina debates inacabables debido, entre otras cosas, a su complejidad, a las múltiples perspectivas en que la cuestión puede ser enfocada, a la ambigüedad que, en ocasiones, parece presentar y, con toda probabilidad, al hecho de que concierne a aspectos muy nucleares del pensamiento de esta autora². Por otra parte, se trata de un tema que ha adquirido especial protagonismo también en virtud de la acogida que esta obra ha recibido en círculos feministas y por la importancia de su recepción en éstos, algo que parece chocar con la reiterada y explícita negativa de la autora a adscribirse a este medio que, en muchos sentidos y por muchos motivos, ha contribuido a instaurar³.

En la obra de María Zambrano encontramos pruebas de una permanente preocupación por el tema de la mujer⁴, si bien abordado en muy diferentes

1. Roberta Johnson, profesora de la Universidad de Kansas y traductora al inglés de la autora, inició su conferencia en el Congreso Internacional organizado por la Fundación María Zambrano en abril de 2009, sobre "La filosofía de María Zambrano y el pensamiento feminista europeo", diciendo que no quería entrar en el "tramposo tema" de si ésta era feminista o no; su intervención dio lugar a uno de los más vivos debates del Congreso; el texto de la conferencia, que relaciona a la autora con el feminismo francés e italiano y finaliza afirmando que "su obra es una rica fuente de ideas que pueden fortalecer un pensamiento feminista español original", está publicado en *Antígona. Revista de la Fundación María Zambrano*, nº 3, 2009, pp. 196-206.

2. Posiblemente las primeras aproximaciones al tema, en clave feminista, de interés sean las de Alcira Bonilla, "Razón poética y género: arquetipos femeninos" en *Philosophica Malacitana*, vol IV, 1991 y Elena Laurenzi, *Nacer por sí misma*, Horas y horas, 1995. Por otra parte, el nº 1 de *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, Barcelona, 1999, monográficamente dedicado a este tema, recoge una amplia variedad de posturas al respecto.

3. Sobre la recepción de Zambrano en este sentido y las interpretaciones, no necesariamente feministas, elaboradas por distintas autoras, puede verse, de Carmen Revilla, "Verdades en estado naciente: la recepción de María Zambrano en el pensamiento filosófico femenino" en *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, Madrid, Residencia de Estudiantes/Fundación María Zambrano, 2004, pp. 505-518 y "Complicidades y distancias: lectoras de María Zambrano" en *Archipiélago*, nº 59, diciembre de 2003, pp. 75-79.

4. Juan Fernando Ortega Muñoz ha recogido y comentado los textos más relevantes de la autora al respecto en *María Zambrano. La aventura de ser mujer*, Málaga, Veramar, 2007, desarrollando este tema que ya había abordado en *La eterna Casandra*, Universidad de Málaga, 1996.

registros; encontramos también la formulación de su voluntad de asumir su condición femenina que, de hecho, pone en juego, entre otras cosas, dando expresión y voz a las mujeres, aunque, como es sabido, se refería a sí misma como “autor” y escribió, ciertamente, para todos, sin concesiones a lo que ha dado en llamarse “perspectiva de género”. La convivencia de estos rasgos y actitudes crea una perplejidad que nos lleva a plantear qué le interesa realmente a la autora y qué puede interesarnos a nosotros de su tratamiento del tema, o tal vez, simplemente, de su modo de enfrentarse al mismo, porque ahí pueden resultar visibles, por debajo de las ambigüedades y aspectos más paradójicos, algunas de las notas en las que se cifra el atractivo de esta pensadora: la fidelidad a sí misma y a su propia vocación unida a un continuo ejercicio de la libertad.

En un escrito de 1946, el artículo *A propósito de la “grandeza y servidumbre de la mujer”*⁵, se refería a la “cuestión feminista” considerándola “debatida hasta la saciedad” y aparentemente “resuelta para siempre”, pero, justamente por eso, porque después de las “patéticas guerras feministas”, según sus palabras, vivimos un momento de “tregua”, es ésta la situación en la que resulta posible, y en consecuencia, necesario “mirar detenida y objetivamente la cuestión”. Y es, en efecto, una cuestión a la que atiende cuidadosamente, que llega a tener una gran relevancia en la génesis de su pensamiento y que constituye una aportación de considerable influencia en lo que, a falta de otro nombre como ella solía decir, podríamos tomar como hipotética tradición filosófica femenina.

Ahora bien, si estamos ante un tema cuyo alcance en la obra zambraniana, por la continuidad y las modulaciones tan diversas con las que aparece, es tan decisivo como difuso y cuya importancia la investigación sobre el mismo tiende a avalar, proporcionando una indefinida pluralidad de perspectivas y sugerencias, conviene, en primer lugar, articular la pregunta a la que intentar responder: ¿por qué, e incluso para qué, se plantea la autora esta cuestión?, ¿cómo y en qué términos lo hace?

Perspectivas

Comencemos por desbrozar el camino, excluyendo interrogantes que, en mi opinión, nos alejarían, por distintos motivos, del sentido que el tema adquiere en el pensamiento de la autora. Entre éstos, considero que, a pesar de su interés biográfico y de la natural curiosidad que pueden despertar, cabe incluir los que atañen a lo que fue su postura en relación al movimiento feminista. Para responder a cuál sería la opinión de María Zambrano sobre estos movimientos habría que recurrir inevitablemente al testimonio de quienes la

5. En *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”*, nº 1, Universidad de Barcelona, 1998, pp. 143-148.

conocieron personalmente y la trataron. Jesús Moreno Sanz, por ejemplo, ha recordado más de una vez las múltiples ocasiones en las que puso de manifiesto su distancia al respecto; esta distancia, sin embargo, atendiendo a sus escritos, parece tratarse más de un gesto de libertad e independencia, de fidelidad a su propia vocación, que postura crítica, y aún menos de rechazo.

María Zambrano no militó en ningún movimiento feminista y, según los testimonios de los que disponemos, reiteró que el "feminismo" es una "equivocación"; pero quizás el error esté en plantear la cuestión en estos términos; en primer lugar porque, dada su dilatada y complicada trayectoria biográfica no es fácil determinar a qué movimientos nos referimos; como se sabe, durante la república y la guerra, los años en los que la autora desarrolla una actividad social y políticamente comprometida, las mujeres intervienen en la acción política, dando lugar a una compleja pluralidad de actitudes y posturas de características muy diferentes; igualmente, las posiciones que pudo conocer durante su exilio, en América Latina (en México, en La Habana) o en Europa (en Roma, en Francia, durante su estancia en Ginebra o en el Jura francés) a través de los círculos de intelectuales con los que entró en contacto ofrecen también rasgos peculiares y diferenciados entre sí. La cuestión, pues, sería, más bien, cómo asumió su condición femenina y qué hizo por la situación de las mujeres, qué aporta o puede aportar su obra a estos movimientos.

En *A propósito de la "grandeza y servidumbre de la mujer"*, comentario al libro del doctor Pittaluga que lleva este título, comienza indicando que pertenece a una generación que ya no vive la "cuestión feminista" en los términos que originaron las "luchas históricas" de este movimiento; considera, por lo tanto, que vive un momento de "tregua", que califica de aparente y ocasional, en la reivindicación de la igualdad, momento que encuentra especialmente adecuado para "mirar" con detenimiento el problema de la condición de las mujeres, sin el apremio y los condicionamientos que impone la resolución de cuestiones prácticas, que, en su actualidad, considera, por el momento y en las circunstancias en las que escribe, resueltas. Sin duda, la actividad política impone condiciones de posibilidad, que limitan el ámbito de visión; es éste el precio de la eficacia que, como pensadora y filósofa, no parece dispuesta a pagar. Goretti Ramírez recoge, en este sentido, la observación de Jorge Guillén: "Nadie más independiente que esta dama que no se deja proteger. No es rebeldía. Es libertad"⁶, parece ser que consideraba este autor, que, aunque no simpatizó excesivamente con ella, supo reconocer este aspecto en el que habría que ver el núcleo de su actitud también respecto a lo que, genéricamente, se llama "feminismo".

Sin embargo, María Zambrano escribe mucho en torno al tema de la mujer, si bien, como decía antes, conjugando en el mismo gesto la fidelidad a sí misma y a su propia vocación con el ejercicio de una libertad que sería su

6. Ramírez, G., *María Zambrano, crítica literaria*, Madrid, Devenir, 2004, p. 69.

consecuencia. Aunque se trata de un tema al que se ha empezado a prestar una atención detenida recientemente, la bibliografía sobre el mismo comienza a ser considerable y muy variada en las orientaciones que presenta, de modo que no sería posible ahora dar razón del estado de las investigaciones en este sentido. Me limitaré, por tanto, a esbozar los puntos de vista desde los que he dirigido una mirada a los escritos de la autora, a partir de tres grandes cuestiones: ¿cómo aborda este tema?, ¿por qué parece interesarle?, ¿qué aporta a la reflexión sobre el mismo?

Por tratarse de un tema recurrente en la obra zambrana, enfocado en diferentes perspectivas y no exento de ambigüedades, mi primer acercamiento estuvo dirigido a pensar cómo lo aborda, de hecho⁷. De forma muy esquemática, mantendría que lo hace, básicamente y como he intentado explicar, bajo tres categorías: en primer lugar y ya en artículos muy tempranos (a partir de junio de 1928 en sus colaboraciones para *El Liberal*, bajo la rúbrica "Mujeres", aunque no es éste el único tema que trata) atiende a lo que podríamos llamar la *situación* de las mujeres; durante los primeros años de su exilio, en Puerto Rico y La Habana, desarrolla la idea de que la presencia de las mujeres constituye "una de las capas más profundas, de los estratos más decisivos en la marcha de una cultura", aunque defiende también que su situación aparece históricamente condicionada por la *representación* que de la mujer elaboran los hombres y a la que éstas tienden a responder, analizando las implicaciones de este hecho; en ambos casos se trata de textos de denuncia y reflexión que, a mi modo de ver, culminan en su preocupación por posibilitar la *expresión* de las mujeres, en concreto y en su pluralidad y diversidad, atendiendo a figuras reales (es el caso de Eloísa, cuya dignidad teórica reivindica) o literarias (el elenco sería interminable: Antígona, Nina de *Misericordia*, Tristana, Melibea...) a las que les presta su voz para dejarlas hablar e intervenir, facilitando la "integración" de sus aportaciones reales y más auténticas. En este sentido se podría decir que Zambrano levantó su voz ante la "desigualdad", pero no sólo, ni siquiera principalmente, denunciándola, sino empeñando su propia actividad creadora en la expresión de la condición femenina, como algo decisivo en la marcha de la historia y que "pide ser sacado del silencio": a esta tarea se dedicó y en ella se puso en juego a sí misma.

Si María Zambrano se interesa por el tema de la mujer y por la condición de las mujeres es, en primer lugar, como aspecto sustancial de su propia e irrenunciable situación. De hecho, ella misma se refiere a la totalidad de su obra presentándola como fragmentos de una naciente e imposible autobiografía; imposible, nos dice, porque habría de incluir "los momentos y las épocas enteras de oscuridad, en que uno no se está presente a sí mismo";

7. En esta perspectiva está orientada mi colaboración a *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, nº 1: "Indicios zambranianos para una "historia de las entrañas de la Historia", también en *Entre el alba y la aurora. Sobre la filosofía de María Zambrano*, Barcelona, Icaria, 2005.

para ella, “el hombre es el ser que no se está presente a sí mismo”, pero sabe que “necesita estarlo, necesita no solamente revelar sino revelarse”, de forma que su vocación, el sentido de lo que “aún queriendo no ha podido dejar de ser” se vuelca en la respuesta a esta necesidad: “mi verdadera condición, es decir, vocación, ha sido la de ser, no la de ser algo, sino la de pensar, la de ver, la de mirar”. Ser, pensar, ver, mirar son el sustrato, pues, de su escritura, que se apoya y brota de una irrenunciable voluntad de pensamiento, a la búsqueda de la palabra que la vida necesita; su mirada atenta le permite ver y dar a ver mediante “esa palabra *perdida*, se dice, esa palabra que se escapa, esa que se disipa, esa que no llega a formularse porque lo humano no está acabado, está empezando”⁸.

Si hay algo que dota de unidad y coherencia a esos fragmentos autobiográficos que son sus escritos es la decisión de desvelar, de manifestar las posibilidades del ser humano, atendiendo a lo que germina en la sombra, a la espera de ser “sacado del silencio”, recordaba hace un momento. En este proyecto cifra su modo personal de participar en la creación, que tiene lugar en “instantes de armonía, de adecuada respuesta al orden de la creación” e implica fidelidad a lo que es y a lo que puede ser. Por eso, en una entrevista, el documental “Sueño y verdad de María Zambrano” para televisión, elaborado por José Miguel Ullán para el programa “Tatuaje”, hablaba de la importancia y de la dificultad de acordar el ritmo del propio corazón al corazón del mundo; es éste el reto y el desafío que, en su caso, pasa por asumir la propia condición, lejos de asimilarla a ideales importados del mundo masculino: en la famosa entrevista de 1986 publicada con el título “A modo de autobiografía” expone que, de niña, quería ser, entre otras cosas, caballero Templario, pero no podía serlo porque era mujer, y a eso no quería, nunca quiso, renunciar.

Por otra parte, su condición femenina la sitúa en un lugar irrenunciable para llevar a cabo su proyecto, teórico y vital, también en virtud del que genéricamente reconoce a las mujeres: para María Zambrano las mujeres constituyen las “entrañas de la Historia”. Como se sabe, el término “entrañas” es esencial en su pensamiento, porque son la “sede del padecer”, a las que dirigir la mirada en ese rescate de la pasividad y de la receptividad que caracteriza su filosofar; la vida de las mujeres, por lo tanto, conforma una corriente que discurre por debajo de los grandes acontecimientos que configuran la Historia; en sus entrañas, sin embargo, se alojan las posibilidades, múltiples y plurales, de “creación”, que ella entenderá como generación, esto es, creación no por imposición, fruto violento del ejercicio de una “voluntad de poder”, sino por germinación de lo recibido, nacimiento de algo nuevo a partir de lo dado. Y Zambrano reconoce en las mujeres una particular disposición a acoger y albergar, a atender al “orden de las cosas” y sus posibilidades; su apuesta por la

8. Zambrano, M., “A modo de autobiografía” en *Anthropos*, nº 70-71, Barcelona, 1987, pp. 69-70.

libertad, de la que hablaba antes, es, en este sentido, opción por la pluralidad y la heterogeneidad, por la capacidad de encontrar un cauce para lo que germina en la sombra, muchas veces fracasado.

La autora se sitúa, pues, en ese momento inaugural de lo humano, en el que su fondo originario emerge a la luz y a cuya manifestación quiere colaborar; y colabora de hecho, intentando proporcionar la palabra que declare el fracaso de su realidad naciente, de lo que está empezando, porque confía en que, en lo fracasado, perviva la posibilidad, se conserven los gérmenes de vida en los que anida lo que puede llegar a ser y que, al ser nombrados, adquieren claridad y vigor. Tal vez por eso, cuando, en apariencia, los intereses históricos, sociales y políticos, que explícitamente marcaron sus escritos hasta los primeros años del exilio, se diría que retroceden, se profundiza, sin embargo, su compromiso con la parte en sombra de la vida, donde, a su juicio, reside la esperanza. Su “filosofar” viene a ser así el decurso de una razón que desciende al fondo originario de la vida para desentrañarla, llevándola a la luz.

Por ello se ha señalado como peculiaridad característica de su pensamiento el hecho de que “el ascender hacia la luz coincide siempre con un hundirse en la oscura y palpitante intimidad del ser, el subir corresponde a un abismarse, a un descender hacia las entrañas, a un adentrarse en la cavidad del corazón. Estos últimos son lugares de gestación y de renacimiento: el de Zambrano se presenta aquí como un pensamiento femenino y materno, que concibe la salida hacia la luz como un hundirse en las cavidades del ser, que, en analogía con el seno materno, ofrecen un espacio de acogida y una posibilidad de regeneración”⁹. Con estas palabras Wanda Tomassi traza, sintéticamente, el recorrido de la razón zambraniana, el movimiento en espiral de descenso al centro desde el que ascender al instante de creación, que hace de la razón que se dirige al “sentir originario” una razón fecundante y poética. En este sentido, la pensadora de la razón poética se nos presenta como pensadora de la “diferencia”, que llega a ser “creadora” a partir de la fidelidad a la inmediatez de la vida y a la riqueza de la experiencia.

Toda la obra zambraniana puede leerse bajo esta clave. Su apuesta por la libertad es, en este sentido, opción por la pluralidad y la heterogeneidad, por la capacidad de encontrar un cauce para la riqueza de cuanto germina en la sombra. En esta fidelidad a lo que es y a lo que puede ser cifra la participación específica de las mujeres y la lleva, como ha explicado, por ejemplo, Annarosa Buttarelli, a incorporar figuras femeninas, como la de Antígona, en condición de “coautoras”; para esta autora, la forma inédita que María Zambrano introduce en la filosofía, distanciándose de los cánones establecidos, conjuga la práctica del “deshacer”, que no es destructor, sino al contrario, con la recuperación de las potencialidades de la palabra poética, que busca el modo de decir “lo que no se podría decir de otro modo”. De aquí que su escritura sea “la anda-

9. Tomassi, W., *I filosofi e le donne*, Mantova, Tre lune, 2001, p. 246.

dura poetizante de quien está a la escucha del nacimiento del sentido dentro de sí, en cualquier forma que éste se presente: de la imagen, de la asociación, de la alusión, del ritmo. Pero junto al germinar de imágenes, a la recuperación de soluciones poéticas antiguas, hay un trabajo constante de transcripción, de tejido que anuda sentidos que vienen sugeridos desde zonas abisales del ser, para mostrar un camino”¹⁰.

A pesar del peligro de aislamiento esteticista que acecha a este tipo de discurso, el reconocimiento del sentir como raíz del ser y de la posibilidad de un nuevo inicio, permite destacar “enseñanzas” zambranianas, a las que no debería renunciar el pensamiento filosófico que enfoca los problemas del presente. Y a las que el llamado “pensamiento filosófico femenino” –expresión plurivalente que alude tanto a la obviedad de que hay mujeres que filosofan como a la muy problemática posibilidad de caracterizar sus aportaciones como si se pudiesen agrupar a modo de corriente, orientación, movimiento... capaz de configurar una tradición– no ha renunciado, percibiendo en la autora su capacidad de crear un medio de recepción y transmisión a partir de la afirmación de su propia individualidad como apuesta específica y esencial a su pensamiento y valorando su protagonismo en la configuración de una tradición de pensamiento libre y plural, arraigado en la experiencia y en su misma condición.

La individualidad de este pensamiento y su carácter innovador se refleja no sólo en los escritos en los que aborda la “cuestión femenina” –la situación de la mujer en la actualidad o en la historia–, o en los que analiza distintas figuras femeninas y su significado, ni siquiera en los que introduce temáticas que adquieren su sentido más preciso en este contexto, sino, quizá sobre todo, en una voluntad de estilo que la lleva a modificar sustancialmente el lenguaje filosófico, situando su escritura en la dinámica de un pensamiento que da fluidez a las realidades cristalizadas al desvelar su posibilidad, mediante el cuidado y la atención a las palabras y su verdad: inaugura así una forma de racionalidad que, sustituyendo la violencia por la pasividad receptiva, dirige el pensar al territorio del padecer y reclama un saber del alma que se haga cargo del *logos* del sentir y de las entrañas expresándose en imágenes generadoras de la actividad conceptual¹¹.

La palabra liberada del lenguaje

La “palabra liberada del lenguaje”, en expresión de la autora, es “palabra sustancial”, “con sustancia” y, por ello, “universal”; es éste el calificativo que

10. Buttarelli, A., *Una filosofa innamorata. María Zambrano e i suoi insegnamenti*, Milano, Paravia Bruno Mondadori Editori, 2004, p. 157.

11. Entre los ensayos que avalan esta valoración de la autora destacaría la recopilación de trabajos editada por Chiara Zamboni, *María Zambrano, in fedeltà alla parola vivente*, Florencia, Alinea, 2002.

ella también utiliza –según decía en la entrevista con José Miguel Ullán¹²–, a falta, añadía, de otro, porque se trata de “la palabra perdida, echada de menos”. Recoge, como fórmula de singular precisión y capacidad de resonancias, el aspecto radicalmente crítico de su pensamiento en un gesto de afirmación y ejercicio de libertad. La “palabra liberada del lenguaje” viene a ser la meta del pensar zambrano; se da en la contemplación de lo que se revela, pero no es gratuita ni casual: presupone un esfuerzo de recuperación de vínculos con la realidad, de adentramiento reflexivo. Y es libre porque, acorde con su misma naturaleza, libera; si la palabra, como el pan, lo es en cuanto que se da, la palabra liberada lo es porque libera dos órdenes de realidad: por una parte, la verdad de lo que es y de lo que puede ser, de las cosas y sus posibilidades, por otra, y simultáneamente, el “mundo de la intimidad sin palabras”, puesto que nace allí donde “sordamente yace el sentir originario” articulando la memoria, lo que ha ido quedando sin voz.

Este tipo de palabra que se nos hace visible cuando estamos en el lugar y tiempo adecuados, que libera las posibilidades del mundo al liberar nuestro centro vital, la palabra en la que el fondo de nuestra realidad se expresa, se convierte en elemento sustantivo de un discurso prácticamente inclasificable que, sin embargo, atrae en la medida en que implica al lector, le impulsa a pensar –que para María Zambrano es “descifrar lo que se siente”– e intervenir, creando de este modo una corriente de comunicación y transmisión. En este sentido, lo que el exilio, que marca su biografía, tiene de ruptura trágica se diría que adquiere en esta autora un rango de optimista afirmación: la pérdida de lugar en el mundo histórico, configurado por el lenguaje dominante, se convierte en ocasión de creación libre, de hallazgo, justamente, de la “palabra liberada del lenguaje”.

Aparece esta expresión en las páginas centrales de *Claros del bosque*, cerrando el capítulo sobre “El centro. La angustia”; con ella la autora nombra, en un momento de extrema densidad biográfica y teórica, en el último tramo de su dilatado exilio, lo que parece haber sido el punto que imanta su complejo trayecto vital e intelectual: la búsqueda de la palabra “única”, “indecible”, que recoge algo de la “esencia germinante” de la vida y la lleva a su cumplimiento. La consideración del sentido de esta fórmula nos llevaría a atender, al menos, a dos aspectos fundamentales en su pensamiento: el amor a la vida, que es aceptación de su pluralidad y cuidado de sus posibilidades y la confiada fidelidad a la lengua en la que nace; éstos vendrían a ser los hilos que sostienen la trama de su filosofar, con los que se teje su idea de la realidad y su reflexión sobre el lugar que en ella corresponde al ser humano.

Si hay un rasgo que identifica sus escritos es, sin duda, el compromiso con la vida, que se plasma en una actitud de aceptación y confianza en lo que se

12. En el documental *Sueño y verdad de María Zambrano*, realizado por Jaime Chávarri; es una entrevista de la serie *Tatuaje*, dirigida y presentada por José Miguel Ullán, para TVE.

nos da, pero también en la percepción de lo que, en germen, podría llegar a ser y necesita ser expresado. En esta perspectiva el trabajo de la autora con las palabras encuentra en la “palabra liberada del lenguaje” la expresión del momento de revelación en el que culminaría el descenso del *logos* a las entrañas que hace de éste razón poética.

En este sentido me gustaría llamar la atención sobre el hecho de que la aportación zambranaiana al lenguaje de la filosofía no es sólo cuestión de “estilo” (su “estilo”, por otra parte, cambiará de forma bastante sustancial a lo largo de su vida), sino opción deliberada por un lenguaje de imágenes por motivos de contenido: porque éstas pueden recoger la fuerza de lo particular, sin reducir lo que se vive a apariencias y éstas a conceptos, una forma de decir que permite atender a lo concreto y al silencio. Su estrategia y objetivo dota a su pensamiento de un carácter biográfico y comprometido, marcado por una ambigua relación con la filosofía, tradición a la que pertenece y no renuncia, pero respecto a la que lo que echa en falta parece impulsar el sentido de su trabajo. Éste se plasmará en la incorporación de un lenguaje que nace de la tensión dirigida a aceptar el orden de la realidad, a acoger y dejar hablar, en una actitud de respeto, silencio y escucha, pero también de búsqueda de la palabra que nombra la experiencia acordando la propia vida al ritmo de la creación y haciendo de su escritura un ejercicio de libertad.

En el exilio Zambrano, circunstancia crucial y determinante en su biografía, encontró la ocasión de realizar una forma de comportamiento esencialmente libre, conjugando la aceptación de su historia con un trato con las palabras que le permite incorporar la vida, su fondo oscuro y sus matices; su escritura crea así un ámbito de resonancias en el que la experiencia de sus lectores se reconoce también. El exilio será para ella lugar de experiencia, medio de visibilidad en el que percibe “algo sagrado, algo inefable”: que en “el tiempo y la circunstancia en que me ha tocado vivir y a lo que no puedo renunciar” la vida, para “subir siempre”, para evitar el “hundirse” y el “hacerse pedazos”, necesita tratar con el tiempo encontrando una “imagen clara de nuestro ayer” que lo sitúe en “la hora de la luz”¹³, la hora que anuncia el futuro y se expresa en una palabra libre que, a su vez, libera y constituye el núcleo de su aportación.

Preocupada por el modo de decir lo que no se podría decir de otro modo, esta autora ha acuñado un lenguaje cuyo rasgo más perceptible se diría que es su capacidad de hablar para todos, encontrando interlocutores fuera de los límites que imponen tradiciones limitadas por su misma terminología; sus textos llevan a lenguaje la vida, en un empeño que consiste en dar forma al pensamiento y forjar un estilo en el que se hace visible el fondo del que surge el pensar y la fluencia de la vida a la que éste da cauce. En su escritura se

13. Zambrano, M., “Amo mi exilio” en *Las palabras del regreso*, ed. de Mercedes Gómez Blesa, Salamanca, Amarú, 1995, pp. 13-14.

funde la “fidelidad al verbo que se nos ha entregado”¹⁴ con la búsqueda de esas palabras que circulan “como al descuido” y “se las conoce porque faltan sobre todo”¹⁵, de tal manera que nos llega dotada de una plasticidad que la cuidadosa atención a las imágenes que hacen concebir y fecundan la razón acentúa, situándose en el límite de la filosofía. Hay en sus textos un alejamiento de la claridad conceptual de la filosofía para adentrarse en las formas íntimas de la vida, desentendiéndose de las evidencias de la razón que han acabado por ocultar el “orden de las cosas” y, paradójicamente, su “evidencia desconocida”.

El reconocimiento del “orden de las cosas”, abandonando la actitud adolescente e inmadura que habría llegado a su cumplimiento en la modernidad occidental, no es sino una de las formas en las que encuentra expresión el inicio de su aventura intelectual, que, de la aceptación de aquello que le ha sido dado¹⁶, obtiene un principio de generación vital; por eso, en un gesto eminentemente femenino, asumirá su condición y dirá: “Yo siempre he ido al rescate de la pasividad, de la receptividad. Yo no lo sabía, pero desde hacía muchos años yo también andaba haciendo alquimia”, a través de “la razón que germina [...] No ya como medida, sino como fuego, como nacimiento”¹⁷. Su tarea intelectual es así práctica transformadora en la que se forja y lleva a cabo la vocación propiamente humana de transparencia y revelación; para María Zambrano escribir será su modo específico y personal de realizar esta vocación, puesto que el ser humano se revela viviendo; pero vivir es “ir más allá de sí mismo” trasmitiendo algo: “Vivir humanamente es transmitir”¹⁸.

Por eso sus escritos vienen a ser fragmentos de una siempre incompleta biografía, testimonios compartidos en los que se fragua a sí misma dejando aparecer su interioridad y comunicando, en definitiva, son “confesión”¹⁹ que, como nos indica, es “ejecutiva” en un doble sentido: como acción sobre el tiempo de la persona, a cuyo desvelamiento contribuye, y porque exige del lector que la realice, implicándose personal y vitalmente en la lectura, ejecutando la acción que el texto mismo presenta²⁰.

En este sentido, la obra de María Zambrano establece, por su misma naturaleza, un ámbito heterogéneo y plural de intervención, porque el pensamiento que acoge, al expresarse, abre un cauce a inéditas posibilidades de creación. La posición fronteriza que ocupa en el contexto de la tradición filosófica pone

14. Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 2000, p. 14.

15. Zambrano, M., *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, pp. 82-83.

16. Zambrano, M., “A modo de autobiografía”, p. 70.

17. Zambrano, M., entrevista recogida en *Cuadernos del Norte*, nº 38, 1986.

18. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 107.

19. Sobre el interés del tema de la confesión en Zambrano han llamado la atención muchas autoras, por ejemplo: Boella, L., “A viva voce. La confessione in María Zambrano” en Zamboni, Ch. (ed.), *María Zambrano, in fedeltà alla parola vivente*.

20. Zambrano, M., *La confesión: género literario*, Madrid, Siruela, 1995, p. 30.

así de manifiesto la realidad y potencialidades de un modo de filosofar que dilata indefinidamente el horizonte del pensamiento, favoreciendo el compromiso con la vida en su enriquecedora pluralidad.

Mediante su escritura, eminentemente personal, Zambrano se pone en juego a sí misma, asumiendo de manera consciente su propia condición. De este modo ha contribuido a crear un medio de recepción y transmisión a partir de la afirmación de su propia individualidad como apuesta específica y esencial a su pensamiento. Lo que a lo largo de su dilatada trayectoria biográfica resulta manifiesto es el esfuerzo por acuñar la palabra que la vida en su concreción necesita para desvelarse y transitar; comprometida con lo que más acá o más allá de las construcciones conceptuales queda en la sombra, la racionalidad zambranianiana intenta ir nombrando un entramado de experiencias en su particularidad vivida. El interés que su obra despierta radica sin duda en la fuerza de su escritura para acuñar a través de la palabra una imagen reconocible de lo humano que orienta su hacerse, su “acabar de nacer”.

Ciertamente, la razón que la vida necesita es esa razón “materna”, que la autora reconocía en Séneca, pero en la medida en que, poéticamente, es capaz de generar, de abrir posibilidades a través del hallazgo de cauces que ella encuentra en las fuentes de la experiencia vital originaria expresada en palabras, cuya búsqueda desafía los cánones de la tradición filosófica occidental. En esta tarea su obra viene a ser un punto de referencia fundamental y la “palabra liberada del lenguaje” que proporciona a sus lectores viene a ser palabra fundacional de un espacio de intervenciones libres y comprometidas con la propia experiencia.

Secuencias de una amistad: sobre la correspondencia con Rosa Chacel

No es la primera vez que acudo a un conocido texto de Fina Birulés en el que, hace ya algunos años, reflexionaba sobre el sentido y las condiciones de una reconstrucción de la historia de las mujeres filósofas; tras el acento puesto por la “crítica de la razón patriarcal” en la exclusión y la falta de transmisión, proponía dirigir la mirada a la articulación de la memoria, atendiendo al fragmento y al indicio, esto es, atendiendo sobre todo a la particularidad, porque “lo femenino se declina en plural” y, por tanto, de lo que se trata es de “dejar hablar”, con una actitud en la que la defensa de la igualdad de derechos no significa, sino al contrario, opción por la identidad o la asimilación²¹. En la búsqueda de indicios, las cartas ofrecen un campo privilegiado al que acercarse, y muy especialmente en este caso, entre otras cosas aunque no sólo, por el fuerte contenido autobiográfico del pensar

21. Birulés, F., “Indicios y fragmentos: historia de la filosofía de las mujeres” (1993) en Rodríguez Magda, R. M^a (ed.), *Mujeres en la historia del pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 1997.

zambraniano que, por su naturaleza, estos escritos registran, hasta el punto de resultar imprescindibles en ocasiones²².

La correspondencia con Rosa Chacel, con quien mantiene una relación de amistad desde sus años de formación en el círculo de Ortega y la *Revista de Occidente*, sin ocultar sus distancias personales y teóricas ya desde entonces, tiene en este sentido un singular interés. De esta correspondencia se han publicado media docena de cartas²³, escritas entre 1938 y 1958, por lo tanto, durante la guerra y coincidiendo con momentos puntuales pero muy decisivos de su exilio: desde Barcelona (1938), Puerto Rico (1941) y Roma (1953, 1954, 1956 y 1958) María Zambrano se dirige a Chacel poniendo de manifiesto la existencia de una corriente de simpatía que discurre por debajo del diálogo en el que su pensamiento se fragua y a modo de indicio nos permite indagar cuál fue y cómo fue su relación de hecho con otras autoras, en una perspectiva de investigación prometedora y que ha propiciado ya la aparición de estudios de interés²⁴.

Como se sabe, en la práctica del filosofar zambraniano se anuda una esencial dimensión oral con el afán de visibilidad que le es también característico; al interrogarnos en torno a cómo se sitúa en la tradición filosófica, y en concreto en una hipotética tradición, “a falta de otro nombre”, de pensamiento femenino, se nos plantea una doble pregunta sobre a quién escucha y quién le hace ver, cuya respuesta nos lleva a asistir a la aparición de una galería de figuras entre las que no es fácil elegir; la elección de Rosa Chacel como

22. Entre los múltiples volúmenes publicados de la correspondencia de Zambrano con distintos autores habría que destacar como imprescindible para una visión ajustada del pensamiento de la autora en su madurez las *Cartas de La Pièce (Correspondencia con Agustín Andreu)*, en edición de Agustín Andreu, Valencia, Pre-textos, 2002. Por lo que se refiere a su relación epistolar concretamente con autoras cabría llamar la atención sobre la investigación llevada a cabo por María Pertile sobre la correspondencia entre Zambrano y Cristina Campo, que permite reparar en la relevancia de su amistad durante su estancia en Roma.

23. *Cartas a Rosa Chacel*, edición de Ana Rodríguez-Fischer, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 35-56. La carta fechada en Barcelona el 26 de junio de 1938 se encuentra también publicada en María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, edición de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 1998, pp. 210-212.

24. En esta perspectiva pueden verse, por ejemplo, los trabajos de Madeline Cámara sobre la relación de María Zambrano en Cuba con la etnóloga Lydia Cabrera y en Puerto Rico con Inés María Mendoza, intentando destacar, como indica respecto a esta última, la importancia para ambas de “validar el papel de la mujer en la Historia y asumirlo para ellas mismas”. En este sentido, el ensayo de M. Cámara, “Estancias y ensueños de María Zambrano en Puerto Rico en diálogo con Inés M^a Mendoza”, recogido en *Antígona*, n^o 3, aunque se trata de un estudio en un “registro histórico” más que “conceptual” se dirige a poner de relieve la incidencia de su relación en la reflexión zambraniana sobre la democracia, atendiendo precisamente a indicios: la existencia de una nota manuscrita que Cámara atribuye a Mendoza: “Rescato –dice la autora– el valor del diálogo femenino como forma de la comunicación que sin perder la intimidad puede alcanzar, abordar y resolver temas de amplia connotación social. E insisto en la importancia de validar y documentar la intervención de este tipo de texto –la nota al dorso– aparentemente hecha al paso, al descuido, sin pretensión de dejar trazo, que es como muchas veces se produce la textualidad femenina”, p. 78.

interlocutora responde al importante valor de testimonio de una complicidad vital que las cartas que le dirige tienen, así como al hecho de tratarse de una documentación accesible. De hecho, en la nota preliminar redactada por la propia Chacel ésta nos habla de cómo en esta correspondencia “actúa como duende imprevisible el tiempo”, de modo que esas cartas, que recogen la impaciencia de la espera, incluso “angustia, o más bien ansiedad”, “despliegan capítulos de historias secretas” y son “diálogos rotos por el tiempo y llenos, realmente llenos, de amor”.

El primer capítulo del volumen *Cartas a Rosa Chacel*, bajo el título “La diáspora”, comienza con las cartas de Zambrano, concretamente con su respuesta tardía a una de Chacel, ya exiliada desde el año anterior en París, desde Barcelona, donde “el tiempo que aquí corre no es ya de este mundo” y le escribe “por si fuera la última vez”, dice, en unas circunstancias en las que no caben “antiguas amistades”. Se inaugura así, sin embargo, ese “trato en la lejanía” del que habla Pedro Salinas y que revitaliza una amistad iniciada diez años antes, a partir de su común vinculación a círculos intelectuales en torno al magisterio de Ortega; aunque se dirige a ella desde una “actitud extremadamente dispar con la tuya”, según afirma literalmente²⁵, más tarde, ya desde Roma, se referirá a sus diferencias y distancias, que han llegado a ser públicas, como “pamplinas”²⁶.

La existencia de discrepancias entre las dos autoras, que viven una misma circunstancia histórico-cultural y comparten, entre otras cosas, una común preocupación por colaborar al proyecto antropológico de realización del ser humano²⁷ y por responder a los requerimientos del presente, además de referencias teóricas decisivas, constituye un tema de investigación aún por desarrollar y no exento de dificultades. Ciertamente, discreparon no sólo en su actitud respecto a la postura a adoptar durante la guerra y en el exilio, sino también en el tratamiento teórico de cuestiones que marcan las peculiaridades de su “estilo” como intelectuales. En este último sentido, precisamente, se han apuntado sus diferencias respecto al tema de la mujer²⁸, tema de debate en el círculo de *Revista de Occidente*, a finales de la década de los años veinte, cuando ambas se conocen personalmente: en estos debates sobre la diferencia de sexos, surgidos a raíz de la publicación de los ensayos sobre caracterología

25. *Cartas a Rosa Chacel*, p. 36.

26. *Cartas a Rosa Chacel*, p. 43.

27. Rosa Chacel se refiere, en términos análogos a los de Zambrano, a este proyecto como aspecto básico de su vocación, por ejemplo, en el “Preámbulo” redactado en 1979 a su ensayo sobre *La confesión*, Barcelona, Edhasa, 1980, p. 13: “La mía era vocación vital, esencial, a la que me había consagrado en mis primeros años”, a partir de la visión de la “presencia angustiada por la carga de la existencia” y del “hombre, el humano, tal como debe ser, tal como tiene que ser”.

28. Sobre este punto puede verse la tesis doctoral de Elena Laurenzi, defendida en la Universidad de Barcelona en 2001 con el título *Una propuesta de lectura de María Zambrano*, especialmente las páginas 64-76.

y psicología de los tipos de Jung, hubo señaladas intervenciones como la de Jung, que vincula la crisis europea a las “infaustas consecuencias de la emancipación femenina” que “mina en sus raíces la sociedad” frente a una Chacel que invierte el planteamiento y la del mismo Ortega, quien, a pesar de la relevancia de algunas de sus discípulas, parece tener una percepción “genérica” de la mujer, a la que ve como “promesa de individualidad” que nunca se cumple. En este contexto se forma Zambrano; Elena Laurenzi lo ha analizado, subrayando los puntos de coincidencia y divergencias entre su posición y la de Chacel, y atendiendo en especial al reconocimiento por parte de la primera “de la posibilidad de identificar, en determinadas figuras femeninas, el surgimiento de una conciencia diferente”, inasimilable a la “actividad viril del espíritu”, auspiciada por Rosa Chacel en su “voluntad de emancipar la acción de las mujeres de la esfera de lo instintivo”.

En este contexto teórico, donde encontramos el fondo de lecturas e influencias que serán determinantes en su formación y con las que Zambrano se reconocerá en deuda²⁹, y en el marco de las preocupaciones compartidas y cuestiones que aquí se discuten, se forja la personalidad intelectual de estas autoras, claramente diferenciada en su desarrollo y en la plasmación que adquiere en sus respectivas obras, en las que, sin embargo, parece percibirse la impronta de una comunicación eficaz entre ambas.

En su exhaustivo estudio de la obra zambranianiana, *El logos oscuro*, Jesús Moreno se refiere en más de una ocasión a esta correspondencia, citando algunos pasajes que considera de especial interés, por ejemplo en la que remite desde Puerto Rico, “para comprender tanto la tesitura vital desde la que escribe Zambrano como los puntos decisivos que llevaron a sus teorías del rostro, del núcleo invulnerable, del niño y de la Ética que se propone realizar”³⁰, para recabar información en torno a la elaboración de obras como *El hombre y lo divino*³¹, para detectar lecturas que, sin duda, la influyeron³², para asistir, en

29. En esta misma correspondencia María Zambrano no sólo reiterará, ante la muerte de Ortega, que será “su discípula siempre” (*Cartas a Rosa Chacel*, p. 53), también reconoce su deuda con la *Revista de Occidente* (p. 41).

30. Moreno Sanz, J., *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, vol. I Madrid, Verbum, 2008, pp. 103-105.

31. El autor se refiere a la carta del 31 de agosto de 1953, fechada en Roma, como muestra de que “los ensayos que conforman *El hombre y lo divino* fueron escritos en París en 1951, y entregado a Camus para su publicación en Gallimard que finalmente acabó rechazándolo”, *El logos oscuro*, pp. 124 y 146

32. En concreto se refiere, comentando la carta de 1941, a la cercanía de la autora a Simone Weil, de la que Moreno Sanz destaca explícitamente *La fuente griega*, aunque esta proximidad es perceptible en el tono de la carta y en múltiples y pequeños detalles que remiten al pensamiento weiliano en general: desde la alusión al *kairós* –la celebración de santa Rosa, que le ha hecho pensar en ella y escribirle–, a su distancia de Ortega –por “querer estar dentro del poder”–, pasando por la atención a la “necesidad” que preside su vida y, quizá sobre todo, por el descubrimiento de “la belleza de la esclavitud”, *Cartas a Rosa Chacel*, pp. 40-41.

fin, a esos “desciframientos del sentir y del querer”³³ que guían sus proyectos, incluso los que, esbozados en los años de la guerra civil española, quedaron inéditos³⁴. Desde este punto de vista, se trata, ciertamente, de una valiosa documentación a la hora de analizar el trayecto del pensamiento de esta autora, pero también lo es como testimonio de la eficacia de su relación, y no sólo por las informaciones que proporciona sobre una efectiva colaboración³⁵, sino, especialmente, por el creciente grado de intimidad, manifiesto en el modo en el que le habla de su situación familiar, y por el reconocimiento de una significativa “necesidad” de comunicación, muy patente, sobre todo, en la carta que envía desde Roma en 1953 y que podríamos considerar literalmente central en el decurso de esta amistad intelectual.

La propia Zambrano califica su amistad con Rosa Chacel como “fiel pero no constante”³⁶, aludiendo a la existencia, por debajo de sus posibles distancias teóricas e históricas, de un fondo de profunda sintonía que no cabe minimizar porque sustenta su relación y emerge incluso cuando las circunstancias son más adversas. Por eso, tal vez lo primero que llame la atención en la lectura de estas cartas sea la expresión manifiesta por parte de María Zambrano de una progresiva intensificación de la familiaridad, evidente en el encabezamiento y despedida, pero acorde con el contenido que transmiten: del frío “amiga Rosa Chacel” y el escueto “adiós” de 1938, al “amiga Rosa” y “adiós, te quiere” desde Puerto Rico, y, ya desde Roma, “Rosa querida” o “querida Rosa”, de la que se despide “hasta pronto”, o con “un abrazo” y “con la amistad de siempre”... las cartas ponen de manifiesto una complicidad que se concreta en el modo en que habla de su cotidianidad y de sus trabajos, de los que le envía en ocasiones algunas páginas, de su situación vital más profunda y de sus proyectos.

En esta correspondencia, y desde este punto de vista, destaca, como decía, la carta de 1953, no sólo por las informaciones que proporciona, de orden biográfico y en torno a su propio trabajo, sino porque aquí, respondiendo a una carta de Chacel que dice haber leído “a sorbos largos”, le habla de esas “palabras esenciales”, “no decires, sino revelación” que la impulsa a “decirse”, que espera de ella porque la considera capaz de dar expresión a un saber “diferente”; de este saber serían depositarias “las mujeres geniales que no es-

33. Moreno Sanz, J., *El logos oscuro*, vol. II, p. 11.

34. El autor alude a la carta de 1938 desde Barcelona donde se refiere a un proyecto, que quedará inédito, sobre Filosofía y tragedia”, en *El logos oscuro*, vol. III, pp. 28-29, así como en el vol. IV, p. 312 lo hará a los fracasos de los que, a modo de resto, surgirán algunos de los textos más característicos de los inicios del exilio zambraniano: *Filosofía y poesía, Pensamiento y poesía en la vida española* y algunos puntos de lo que será *El hombre y lo divino*.

35. En las cartas Zambrano no sólo la informa acerca de la marcha de sus trabajos en curso además de instarla a escribir, sino que explícitamente le pide una colaboración para una revista italiana, que no irá adelante, y para *Botteghe oscure*, dirigida por la princesa Caetani, en las cartas de 1954 y 1956 desde Roma, donde participa activamente en círculos intelectuales.

36. Zambrano, M., “Rosa” en *Un ángel más*, nº 3-4, 1988, pp. 11-12.

criben” y ha de ser formulado: “cuando esto se da en una mujer que escribe, pues Rosa querida hay que escribir, sí. Tienes que hacerlo”³⁷. Por debajo de las confidencias y datos transmitidos, su diálogo se focaliza en la voz de las “entrañas de la historia” cuya expresión, explicitada en la escritura, tiene una dimensión autobiográfica irrenunciable y precisa, por eso, de un lenguaje propio, frente a la forzada utilización de lenguajes inclusivos que acentúan, por el contrario, la abstracción.

Recientemente, en un intento de plantear sistemáticamente la investigación sobre la postura zambraniana sobre la cuestión del género, se ha señalado cómo la autora, desde posiciones deudoras de las tesis de Marañón, por ejemplo, y de su padre en la década de los veinte, opta por el “cultivo de la diferencia”³⁸, como afirmación de libertad y fidelidad a sí misma. Es ésta la forma en la que podría decirse que María Zambrano adopta la perspectiva de género, no sólo en su atención al tema de la mujer, sino también en el tratamiento de temáticas que arraigan en su experiencia y se expresan, en la totalidad de su obra, mediante un lenguaje extremadamente personal.

Filósofa “del oído”, Zambrano acoge los ecos de la tradición filosófica conservándolos “en el fondo creador de la memoria” y presta su voz al saber inarticulado que, depositado en el subsuelo de la historia, adquiere protagonismo en su *feri*. Al *feri* de la historia, allí donde la presencia decisiva de las mujeres se hace visible, contribuyen sus escritos.

37. *Cartas a Rosa Chacel*, p. 46.

38. Palomino, M^a P., “Algunas cuestiones sobre el género a la luz de las reflexiones sobre Europa (1928-1942)” en *Antígona*, n^o 4, p. 55.